

Carlos Palacios

# LA DRAGONA LUCÍA

Ilustraciones de  
Arancha Perpiñán



ANAYA

*Esta obra recibió una mención especial  
en el XXXIX Concurso de Narrativa Infantil  
Vila d'Ibi, convocado por el Ayuntamiento de Ibi  
en colaboración con Anaya y cuyo jurado estuvo formado  
por Isabel Pérez Molina, José Luis Ferris,  
Pablo Cruz y Ramón Llorens.*



Ajuntament d'Ibi

1.ª edición: octubre de 2022

© Del texto: Carlos Palacios, 2022

© De las ilustraciones: Arancha Perpiñán, 2022

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)



ISBN: 978-84-698-9148-3

Depósito legal: M-20850-202

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Carlos Palacios

# LA DRAGONA LUCÍA

ilustraciones de Arancha Perpiñán



ANAYA

Para Michela, Luis, Linda  
y, por supuesto, Lucía

No es fácil vivir con un dragón, sobre todo cuando le apetece ponerse a eructar fuego.

Compruébalo cuando tengas la oportunidad: colócate cerca y observa.

Es algo fascinante.

Adoro la llama, la puede hacer de muchos colores y formas diferentes.

Puedo estar horas delante de su boca, su enorme boca repleta de dientes y con una lengua tan grande que parece un filete de ternera.

Pero no te acerques demasiado, porque podrías quemarte.

Ah, he olvidado contaros que el dragón es mi hermana Lucía.





Imagino que os preguntaréis si lo que os estoy contando es verdad. Muchos dirán que los dragones ni siquiera existen.

¿Habéis visto un dragón alguna vez?

Yo tampoco había visto ninguno antes de que Lucía naciera.

Por el suelo de la calle y en el jardín me había encontrado con lagartijas y con salamandras, que, si las observas muy de cerca, son como dragones en miniatura. Tienen la cola y las escamas, el hocico y la cresta. Pero no expulsan fuego.



Me paraba delante de ellas y las analizaba, algunas las recogía con un ganchito y me las llevaba a casa; luego las guardaba en cajitas de cristal como si fuese un científico meticulado, hasta que mis padres me obligaban a devolverlas a la naturaleza.

Una vez fui a la biblioteca y saqué prestada una enciclopedia de dragones. Según decía el libro, en el mundo existen más de quince especies de dragones, cada uno de ellos con sus particularidades. Algunos son gigantes, más altos que un edificio; a otros apenas se los ve, porque cabrían en una caja de cerillas. Viven en los cinco continentes, en la nieve y en el desierto, en los climas lluviosos y en las mesetas donde no crece ni una brizna de hierba.

¿Por qué no iba a poder vivir un dragón en un apartamento de una ciudad?

¿Dónde iba a estar más cómodo que en una cuna o en una cama caliente?





Así que podéis creerme, Lucía es una dragona.

Una dragona que pasa gran parte del día riéndose y que duerme con un pijama de algodón, como las otras niñas.

Una dragona a la que todavía le encanta beber la leche en el biberón y a la que, cuando está cansada, le gusta que le acaricies las mejillas del hocico para dormirse en tus brazos.

Nunca olvidaré la noche en que Lucía nació. Papá hablaba solo mientras recogía cosas sin orden alguno para meterlas en una maleta, y mamá decía que sentía un fuego dentro, «como si tuviera la barriga en llamas».

—Ya te comenté que estabas tomando mucho picante últimamente... —le dijo papá.

—Pero si tú has comido más que yo ¡y, mírate, estás espléndido! —respondió mamá.

De modo que ninguno sospechábamos nada, más allá de un normalísimo ardor de estómago.



Porque, cuando nació Lucía, nadie se dio cuenta de que era una dragona.

No se le veían ni la cola ni las alas.

Tampoco volaba.

Lo que más destacaba eran unos preciosos ojos grandes con unas pestañas larguísimas.

Pero cuando mamá y papá volvieron a casa, Lucía comenzó a transformarse; lentamente, como cuando se te cae un diente de leche y te sale uno nuevo, sin que te des cuenta ya lo tienes ahí, y lo que antes era piel blanduzca ahora es como el marfil de un elefante.



Le salieron escamas azules y brillantes por el cuerpo y en los pies le crecieron unas uñas larguísimas y puntiagudas.

Al principio podíamos salir a pasear con Lucía en el carrito, apenas le sobresalía el hocico del capazo, así que realmente parecía un bebé humano, enfundada en aquellos vestidos tan coloridos, con su pañal talla grande que le cubría la colita.

Se pasaba casi todo el tiempo durmiendo, y quienes la veían se enamoraban de sus maravillosos ojos, pues era lo único que veían de su carita.





UNA BELLA ALEGORÍA  
DEL AMOR FRATERNAL  
Y EL RESPETO A LA DIVERSIDAD.

Mi hermanita es dormilona, risueña y tiene  
unos ojos preciosos y enormes.

Ah, y es una dragona.

Vivir con una dragona puede ser difícil,  
porque a veces quema las cosas y alguna gente  
la mira raro porque no la entiende.  
Pero Lucía es mi hermana, es especial,  
y no la cambiaría por nadie.



ANAYA

[www.anayainfantiljuvenil.com](http://www.anayainfantiljuvenil.com)

